

Habló un cuarto de hora la hija de Treviño con la religiosa, como en el secreto de la confesion.

—Bien, hija mia, dijo la monja, pasad; y vos, madre tornera, cuidado con decir una palabra bajo la pena de excomunion mayor.

Las puertas del convento se cerraron como las de la tumba, y Rosalía quedó bajo la sombra protectora del techo sagrado.

## CAPÍTULO XX.

### MORTE MORIERIS.

#### I.

El señor de Treviño estaba encadenado en uno de los calabozos mas sombríos de la Inquisicion y reencargado al terrible alguacil Lanzarote, que lo tenia por brujo, y queria vengarse de la mala pasada de la bruja.

En cuanto al padre Pontolongon y al barbero, los habian puesto en una misma estancia.

El maestro de aposentos de san Nicolas estaba horriblemente feo, los cabellos le habian crecido y una selva espesa de barba le cubria por completo el rostro; sus vestidos talaes estaban en jirones, y todo aquel conjunto inspiraba horror y repugnancia.

El señor de Ramos, con la miseria habia tomado un aspecto simplemente ridículo: sus medias dejaban ver por sus boquetes las pantorrillas acartilaginadas, y sus codos salian por la chupa raída; sus zapatos no tenian su forma primitiva y la *coleta* estaba destrenzada.

En el calabozo situado en el ángulo del patio, estaba la familia de Marroquin, un español honrado y perseguido inhumanamente por los favoritos de Branciforte, á quienes acusaba de aduladores y ladrones de los fondos públicos.

Una calumnia habia sido suficiente para arrastrar á aquel desgraciado á la Inquisicion, y á toda su familia, que consistia en una señora anciana, suegra de de Marroquin, y dos hijos gemelos de quince años.

A toda esa familia la tenian exhausta de hambre, humillada, escarnecida por los carceleros y maldecida por los alguaciles que se gozaban en sus tormentos.

Los presos esperaban hacia muchos meses que se les tomase declaracion.

Esperanza triste, porque el *tormento* no se haria aguardar demasiado.

El carcelero notificó á los presos que á las oraciones de la noche el señor Inquisidor en turno procederia á las informaciones.

Un terror pánico circuló entre aquellos desgraciados, que contaban las horas momento á momento.

—Ha llegado al fin la hora de mi salvacion y de mi venganza, señor de Ramos, decia el padre Pontolongon lleno de entusiasmo y sacudiendo su cabeza de jabalí.

—Dichoso vos, que vais á salir de este infernal calabozo, donde estas ratas se han alimentado hasta con nuestros sombreros.

—Muebles inútiles, porque el sol no ha asomado las narices por estos subterráneos.

—Es cierto, pero en cambio tenemos una humedad escandalosa.

—Ya las reumas me trituran los huesos; esto es un tormento continuo.

—No os quejeis de antojo, mirad á nuestro vecino Marroquin, á ese sí lo han fastidiado como á ninguno.

—Infeliz familia!

—Tan infeliz que no sale con bien esta noche.

—Así lo creo, ¿y nosotros?

—En cuanto á mí, señor de Ramos, tendré que despepitar la verdad, me hablásteis de la bruja y que estábais en su----

—Yo no os he dicho nada.

—No comencemos á negar tan temprano.

—Es que vos teneis una memoria muy flaca, yo os dije solamente que la conocia de vista.

—Por todos los santos del cielo! gritó el padre Pontolongon, eso es negarme la luz del dia.

—Decid, exclamó el barbero, que quereis disculparos conmigo, y sacrificarme.

—Eso no es cierto, lo único que pretendo es poner las cosas en su verdadero punto de vista.

—Lo que pondreis será mis pobres miembros en el tormento.

—Eso no es culpa mia, sino vuestra.

—Mirad, padre Pontolongon, con solo hacer un esfuerzo de silencio----

—No, no me propongais omisiones; porque no consentiré en mentir y menos en callar.

—Sois un ministro de Dios, y por vuestra causa no debe sufrir ninguna criatura.

—La criatura nace precisamente para el sufrimiento y os toca vuestro turno.

—No os chanceeis, por Jesucristo!

—Ya vereis la chanza que os aguarda.

—Está bien; pero si decís una sola palabra que me comprometa, os levanto una calumnia y vamos los dos al potro.

—Ave Maria Purísima!

—Como lo oís, padre Pontolongon, ya me cansa tanto contemplaros, ya me aburre estar siempre con ruegos; ahora yo soy el que os impongo, y oidlo bien, juro por todos los santos perderos si decís una sola frase que me lleve á un lance extremo.

—Yo denunciaré al inquisidor esa amenaza.

—Y no sereis creído.

—Ya veremos, hombre infame, calumniador!

—No me insulteis!

—Os digo la verdad.

—Mentís!

—Mentís vos!

—Yo no miento! gritó el padre Pontolongon y tomando el jarro del agua, lo estrelló en la crisma al señor de Ramos, que quedó escurriendo el líquido por todos sus harapos.

El barbero le puso por sombrero la candileja y se armó una de Capuletos y Montequios que acudió el alguacil Lanzarote con garrote en mano á sofocar el motin.

—Hola! hola! espirituados, gritaba el alguacil, deteneos ú os rompo el bautismo!

Sosegáronse aquel par de furiosos.

—Vainos, seguidme, que el señor inquisidor os espera.

A esa intimacion los combatientes se apresuraron á componerse lo mejor que les fué posible, y siguieron á Lanzarote, que para mayor seguridad de los reos habia traído cuatro ganapanes armados de punta en blanco.

El salon del tormento estaba alumbrado por una lámpara de cadenas; la llama ni aun oscilaba, parecia que en aquel recinto hasta el aire tenia miedo de moverse.

En uno de los extremos estaba el pupitre del inquisidor, y al frente un banquillo para los acusados.

En el centro y resto del salon, los aparatos formidables del tormento; y los verdugos que yacian inmóviles esperando órdenes de los terribles ministros de aquel tribunal.

El inquisidor don Pedro Nuñez de Clavijero se deslizó como una sombra, el eco de sus pasos se dejó oír en la bóveda.

Tomó asiento en el pupitre, puso los codos sobre la mesa, apoyó su frente lívida en las manos y cerró los ojos como un hombre terriblemente preocupado.

Fray Angel hacia de secretario y acusador á la vez, y guardaba tambien un profundo silencio.

El inquisidor movió la cabeza para indicar que iba á proceder á las primeras diligencias contra los reos.

Fray Angel bajó de la plataforma y habló en secreto al alguacil Lanzarote, que salió con pasos marcados del salon.

A los seis minutos tornó con los presos al lugar del interrogatorio.

Fray Angel hizo una seña al padre Pontolongon, que avanzó hasta el banquillo.

—¿Como os llamais? preguntó el fraile.

—Cipriano Pontolongon, ordenado en primera tonsura.

—¿Habeis hablado con las brujas?

—No, reverendo padre.

—Yo os conjuro á que os conduzeais con verdad.

—Yo lo prometo y vuelvo á jurar.

—¿Qué sabeis de los acontecimientos de Valladolid y del monte de las Cruces?

—Reverendo padre, este reo que es el barbero de la ciudad, me comunicó que habia visto á una bruja para que le proporcionase entrar en relaciones amorosas con la hija de don Manuel Treviño.

El señor de Ramos temblaba como un azogado.

—¿Por qué no lo denunciásteis al Santo Oficio?

—Por---- por----

El inquisidor Clavijero tendió la mano señalando la *rueda* y volvió á hundirse en su contemplacion.

Dos verdugos se apoderaron del padre Pontolongon, le ataron á la rueda, dió esta la primera vuelta y el clérigo exhaló un espantoso grito.

—Quitadle, dijo fray Angel.

Pontolongon volvió al banquillo, con su melena erizada y arrojando espuma por los labios.

—Responded categóricamente.